



Alejandro Kusanovic Glusevic
 Senador por Magallanes

La Semana Santa: un puente entre el sacrificio y la renovación personal

La Semana Santa es mucho más que un periodo de asueto o una serie de ritos litúrgicos marcados por el calendario; es un espacio profundo de pausa existencial. Aunque sus raíces están firmemente plantadas en la narrativa cristiana del misterio de la pasión, muerte y resurrección, su simbolismo trasciende lo estrictamente religioso para ofrecer una lección universal sobre la naturaleza humana y nuestra capacidad de transformación.

El núcleo de esta conmemoración reside en el concepto del sacrificio. En un mundo contemporáneo que prioriza la gratificación inmediata y la acumulación, la Semana Santa nos recuerda la importancia del desprendimiento. El "camino de la cruz" simboliza las cargas que todos llevamos:

miedos, fracasos, duelos y limitaciones.

Desde una perspectiva introspectiva, el Viernes Santo representa el momento en que debemos confrontar nuestras propias "muertes" simbólicas. Es la invitación a identificar aquello que en nuestra vida ya no da frutos: hábitos nocivos, rencores añejos o visiones limitantes sobre nosotros mismos. No puede haber una renovación real sin antes aceptar que ciertas partes de nuestra identidad deben quedar atrás.

Uno de los aspectos más potentes de este tiempo es la reelección de vida. A menudo vivimos en piloto automático, reaccionando a las circunstancias en lugar de elegir las. La Semana Santa funciona como un espejo que nos pregunta: ¿Qué estamos eligiendo hoy?

La Elección de la Em-

patía: frente a la traición y el abandono que narra la tradición, surge la oportunidad de reelegir la lealtad y la compasión hacia quienes nos rodean.

La Elección del Silencio: en el Sábado de Gloria, el silencio es el protagonista. Es una invitación a callar el ruido externo para escuchar la voz interior, permitiendo que la reflexión madure antes de la acción.

La Elección de la Esperanza: la Resurrección no es sólo un evento teológico, es un estado mental. Es la decisión consciente de creer que el caos y el dolor no tienen la última palabra.

La reflexión que debemos hacer como individuos no debe quedarse en el plano del pensamiento, sino traducirse en una metamorfosis cotidiana. Si la Semana Santa no nos impulsa a ser personas más íntegras, solidarias y conscientes, se

queda en un simple ejercicio de memoria histórica.

Debemos preguntarnos cómo podemos "resucitar" en nuestras relaciones interpersonales, en nuestro compromiso con la justicia social y en el cuidado de nuestra salud mental. La verdadera victoria que se celebra en estos días es la de la vida sobre la inercia, la del amor sobre el egoísmo.

La Semana Santa nos ofrece el mapa para un viaje interior necesario. Es una oportunidad anual para hacer inventario de nuestra alma, soltar el lastre del pasado y reelegir, con plena consciencia, una vida que sea coherente con nuestros valores más profundos. Al final del camino, el objetivo no es solo recordar un sacrificio antiguo, sino convertirnos nosotros mismos en agentes de renovación y luz en nuestro entorno.